



Rusia, Siria, Arabia Saudita, Irán, Myanmar, Yemen, Ucrania, ahora Israel, países con regímenes controvertidos o sometidos a sanciones o en guerra. A menudo los viajeros nos enfrentamos a críticas mordientes por el solo hecho de visitarlos. "Estás apoyando a dictadores...", "no puedes recorrer al enemigo número uno de Occidente...", "tener doble estándar no está bien...", "en Afganistán se violan sistemáticamente los derechos de las mujeres...", "no corresponde hacer turismo de guerra...", "la represión en Corea del Norte es brutal", son algunas de las frases que he escuchado una y otra vez por timbar ahí mi pasaporte.

Joan Torres, viajero catalán que admira, dice que Moscú es preciosa, tal y como lo era en 2022. Manifiesta él que viajar construye puentes y rompe estereotipos, lo que puede funcionar en ambos sentidos, ya que muestra a los locales que no todos los extranjeros son hostiles o sabiondos o arrogantes. Es necesario separar siempre a las personas de sus gobiernos. En lugares en guerra, como Siria o Ucrania, la presencia forastera constituye en sí misma una señal de que el mundo exterior no los olvida y, en el mejor de los casos, puede ser vista como un punto de inflexión, un indicador de que el país está mejorando. Nada de eso le importará demasiado a quien postea desde su teléfono en Instagram, a una rotunda distancia, sin entender de veras a menos que lo experimente con sus propios ojos.

Mi primer viaje a Birmania fue realizado desde Chiang Rai, en Tailandia, a fines de los años noventa. Fue un ingreso breve a Tachileik, estado de Shan, en la frontera norte, conocida como el Triángulo Dorado. Un cruce sin visa ni timbres. Aventura en compañía de un hombre alto y flaco que presumía de ser cercano a la policía y de ser capaz, por unos dólares, de reproducir el trayecto ancestral del opio.

Antes de salir, cuatro holandeses me regalaron en el hostel un díptico doble de ocho páginas, fotocopiado y editado por un comité tailandés para la democracia en Birmania. En la tapa iba la foto de unos niños descalzos caminando en el barro. Sobre la imagen, un texto en negrita que decía: "Vacaciones en Birmania?". En el interior, una austera descripción del general y dictador Ne Win y de la oposición liderada por Aung San Suu Kyi, Premio Nobel de la Paz. También un mapa con la distribución de todos los campos de trabajo forzado y la relación entre el turismo y esa labor de esclavos. Se mencionaban fundamentalmente obras de caminos, plantas hidroeléctricas, limpieza de fachadas y líneas de trenes, sin descuido de la que conecta Mandalay con su aeropuerto. "¿Qué puede hacer usted?", rezaba la última página del documento en blanco y negro. "Escriba —añadía aquel díptico— una carta a su gobierno y a su ministro de Relaciones Exteriores. Si decide visitar el país, señale que su gira se hace para comprender más acerca de las violaciones a los derechos humanos allí cometidas. Si, por el contrario, decide no hacerlo, explique las razones y haga saber su preocupación por las atrocidades que padece la población. En ambos casos urja a su gobierno a tomar medidas inmediatas para que Birmania accite y aplique la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas".

Reconozco que no mandé ninguna carta, pero guardé el díptico que ahora traigo a la memoria. De ese viaje atesoré además dos cajetillas de cigarras cerradas, un libro con el alfabeto birmano —muy parecido al sánscrito de la India—, fotos con una parka azul de mi abuelo y los primeros billetes del Union Bank of Burma y otros del Central Bank of Myanmar en mi colección.

Sucedé que los militares, en su ánimo de descolonizar el país, cambiaron en 1989 el nombre de Birmania a Myanmar y el de su entonces capital Rangún a Yangón (ahora la capital es Naypyidaw). Varios países occidentales, sin embargo, hasta el día de hoy parecen no darse ni querer darse por enterados de tales modificaciones.

A ese viaje inicial, durante mi juventud noventaera, lo sucedieron tres más. En ellos, con el líder Aung San Suu Kyi en libertad y con un país en una condición de mayor apertura externa, más autodeterminación política y un turismo floreciente, los europeos caminaban sin contratiempos la histórica ciudad portuaria de Rangún, visitaban la roca dorada de Kyauktityo y el lago Inle, además de sobrevolar en globo aerostático los más de tres mil templos budistas de Bagan.

No existían los dípticos fotocopiados denunciando violaciones a los derechos humanos y, la verdad, lo único que se cuestionaba era la desidia de la líder ante

PAGODA DE SHWEDAGON. Al atardecer, un buen momento para los fieles que vienen a rezar.



# RANGÚN

## y la pagoda de Neruda

Un escritor chileno vuelve —por cuarta vez— a este país, siempre complejo y noticioso, para seguir los pasos del vate y encaramarse al atardecer en el mejor lugar para dejarse llenar de esa luz dorada única... y olvidar las críticas de los posteadores de siempre.

TEXTO Y FOTOS: Guillermo García, DESDE MYANMAR (BIRMANIA).



ENTRADA NORTE. En Shwedagon, los rituales cotidianos se realizan entre oro, sombra y mármol caliente.

la persecución de la minoría étnica musulmana en el oeste del país. Pero ni la Premio Nobel ni los militares reconocían a los rohinyás como ciudadanos birmanos, sino más bien como meros inmigrantes ilegales.

En el primero de aquellos tres viajes, una tarde calurosa, al abordar un taxi a la salida del museo nacional, conocí a Thant Lwin, hombre de estatura media, sesenta años y actitud optimista. Curiosamente hablaba muy bien el inglés, ya que había trabajado por muchos años en barcos mercantes. Nos hicimos amigos y me acompañó en varias travesías. Fue él quien me mostró la bella y cautivante Rangún como nadie más que un local puede hacerlo.

Con su apoyo recreamos la ruta de Pablo Neruda mientras sirvió como cónsul ad honorem. Fuimos a visitar el edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes ubicado en la angosta y céntrica calle Bogalayzay, donde el poeta llegó junto a su amigo de infancia Alvaro Hinojosa en 1927. Subimos sus escaleras y entrevistamos a los vecinos. Fuimos también al departamento de la calle Dallowale 295, donde luego de abandonar a su compañero estuvo los dieciocho meses que duró su peregrinaje birmano hasta que escapó abruptamente a Colombo, en Sri Lanka. Dicen que los celos de Josie Bliss lo hicieron arrancar,



PAUSA. Los monjes locales saben que la quietud también es una forma de oración.

prando telas tribales, billetes, bowls de plata repujada y cajas lacadas.

Por las noches, con unas copas de destilado en el bar del hotel Strand, leíamos poemas nerudianos:

"... una ciudad [Rangún] / de sangre, / sueño y oro. / El río que bajaba / de la selva salvaje / a la ciudad caliente, / a las calles leprosas / en donde un hotel blanco para blancos / y una pagoda de oro para gente dorada / era cuanto / pasaba / y no pasaba".

El 1 de febrero de 2021, el golpe militar hizo que todo cambiara de modo drástico. Ese día, horas antes de que el nuevo Parlamento se reuniera, las Fuerzas Armadas derrocaron al gobierno civil, deteniendo al presidente y a la consejera de Estado Aung San Suu Kyi. Miles de arrestos, tres mil muertos, sanciones internacionales y un gobierno en el exilio vinieron a continuación: las manecillas del reloj regresaban tristemente.

Las poleras, banderas y calendarios con la foto de la líder prácticamente desaparecieron y solo los valientes —o locos— se atrevieron a mantenerlas colgadas en sus pequeños locales como declaración de memoria y desafío al régimen.

—Than, la próxima semana aterrizaré en el aeropuerto de Rangún. Ruego me vayas a buscar —le escribo secamente por Messenger.

—Muy bienvenido serás, mi amigo, ¿pero estás seguro de venir? Ruego lo pienses. La situación no es estable para visitarnos. Tenemos combates en el sector de los templos de Bagan y los militares mantienen



CALLE 28. Enfrenta al mítico mercado Bogyoke, o Scott Market.



RECOSTADO. Una postura no tan común entre las imágenes de Buda.



una férrea ley marcial —responde, intentando disuadirme.

—¿Consideras riesgoso incluso visitar Rangún? —pregunto directamente.

—El centro es seguro. Si caminas durante el día y visitas el mercado Bogyoke o las pagodas, no habrá problemas, pero ir a Mandalay es temerario. Moverse de noche tampoco lo recomiendo, ya que existen cortes de luz y la energía eléctrica no funciona como antes.

—Nos vemos entonces en el aeropuerto. Llegaré el martes en el vuelo PG707 que va desde Bangkok.

Después de pasar los controles, cuando salgo por la puerta vidriada me encuentro a un Than que luce más viejo. Junto con los años, la dureza de los acontecimientos y la incertidumbre respecto del futuro le han dejado el pelo blanco y el rostro con arrugas.

—Vamos a comprar una tarjeta sim para el teléfono; cambiemos algo de dinero y luego me dejas en la pagoda de Shwedagon que tanto extraño.

—¿No quieres pasar por el hotel para dejar el bolso? —pregunta, sabiendo que mi ansiedad es mayor y que no cambiaré de opinión.

—Son las cinco, va a oscurecer pronto y quiero pasar las cuatro noches que estaré aquí viviendo la puesta de sol en la pagoda. No existe otro lugar en el planeta tan vivo y con tanta energía como este. Además, tengo que aprovechar que ahora probablemente no verá un solo turista. Déjame ahí y tú lleva el bolso al hotel.

—No entiendo que siempre quieras ir al mismo lugar y perder tu tiempo allí. Deberías hacer otras cosas, partiéndolo por el tren circular que te recomendé.

—Prometo hacerlo. Mañana, después de ir al correo a mandar unas postales, haré esa postergada vuelta en tren, pero ahora Rangún, tal como escribía Neruda hace casi medio siglo, es una ciudad de oro, y sus pagodas doradas son para gente dorada.

La pagoda de Shwedagon, con su milenaria estupa de cien metros y cubierta de oro, diamantes y rubíes, es a todas luces el lugar más icónico, sagrado e histórico de la ciudad. Cualquier adjetivo que pueda usar queda corto. Correrlo por la tarde ya justifica todo viaje a Birmania, en cualquier época o situación política.

A los turistas les aconsejan pasear por este complejo religioso los días de semana, cuando está más despejado. Yo postulo que es más impresionante los sábados y domingos, mientras las familias locales hacen su peregrinación. Vacíos, piensos, tanto las pagodas como las catedrales tienen poco atractivo.

Igual que en otros sitios budistas, todos deben quitarse los zapatos antes de entrar y realizar las oraciones, en silencio o a viva voz, dando vueltas en sentido contrario a las agujas del reloj. La mayoría lo hace repitiendo el Sutra del Corazón, con un rosario de cuentas en una mano y un paquete de láminas de oro en la otra, para pagar en los muros.

Mi primera visita al complejo de más de cuarenta hectáreas la efectué accediendo por la escalera oeste, donde un ascensor conecta con la plataforma central. Más tarde, en cada una de mis peregrinaciones me acostumbré a ingresar siempre por ese lugar. Los humanos somos seres estructurados y repetitivos: solemos sentarnos en el mismo sitio de la mesa y dormimos en el mismo lado de la cama.

Hoy, no obstante, decidí irme caminando desde el centro hasta el cerro Singuttara y subir por las escaleras del acceso sur, que son custodiadas por dos chinites de gran tamaño, esas efigies mitad león, mitad dragón que, en pareja y mirando a las nueve direcciones, atajan a los intrusos. Birmania profesa el budismo Theravada, el mismo de Laos, Camboya, Tailandia y Sri Lanka, donde estas figuras religiosas son también muy comunes.

Después de llegar al final de la larga escalera, flanqueada por comerciantes que venden toda clase de suvenires, opto por el recorrido hacia la izquierda, contradiciendo mi norma establecida. El ojo tiende a mirar invariablemente en la misma dirección. Una ruta de norte a sur, por idéntico camino, es distinta a una de sur a norte, aun cuando uno vaya sentado en el mismo asiento. Eso es lo que me pasa al ir circulando en el sentido de las manecillas del reloj: comienzo a percibir en la pagoda lugares y objetos desconocidos. Me transformo de nuevo en un forastero y es como si la visitara por primera vez. Me emocionó y recuerdo a mi padre. Pienso en este pueblo que tanto ha sufrido y compruebo que Joan Torres tiene razón: la sola presencia de uno, aquí en tierras dolientes, es para ellos una señal de que el mundo exterior no los olvida. Ojalá sea también un punto de inflexión, que indique que Birmania puede levantarse y cambiar, aunque en eso —para ser franco— sigo siendo escéptico.

Pase lo que pase, tenemos pagoda para rato. La junta militar está emprendiendo una remodelación o mantención mayor de muchas de sus estructuras. Es una forma de acercarse a los monjes y a esta población tan religiosa. En tiempos de incertidumbre, el resplandor dorado de Shwedagon es todavía un faro y también, como se diría en ciertos dípticos, una herramienta de legitimación. ■



YWCA. En este edificio vivió Pablo Neruda en 1927, cuando Rangún era aún parte del Imperio británico.



SOBREVUELO. Una panorámica del centro de la ciudad de Rangún.



PLATAFORMA ESTE. Uno de los sectores donde suelen reunirse los fieles a rezar.